

El efecto dominó. Narrativas históricas en torno a la dictadura y la democracia en Chile vistas por tres generaciones.

por *Fabián González Calderón*

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

fgonzalez@academia.cl

<https://orcid.org/0000-0002-5083-7074>

Recibido: 15/04/2020 - Aceptado: 18/05/2020

DOI: <https://doi.org/10.14409/cya.v0i30.9035>

Resumen

Este artículo se propone poner en tensión tres tipos de narrativas históricas referidas a la historia reciente de Chile. A partir de las notas autobiográficas de un escritor chileno se analiza la narrativa de la generación que vivió y sufrió el golpe de Estado de 1973 y que regresa del exilio veinte años después. La parte central del artículo analiza evidencia recogida en cuatro liceos públicos de la ciudad de Santiago a partir de entrevistas grupales realizadas a estudiantes de educación secundaria. Las narrativas de los estudiantes de Santiago se concentran en los temas y personajes más relevantes del período 1965 a la actualidad. La tercera parte y final intenta conectar las narrativas anteriores con la contingencia histórica de Chile actual y el despertar de los movimientos sociales. La discusión y conclusiones principales se relacionan con la relevancia de los contextos socioculturales en la construcción de narrativas y en el poder de los relatos sociales para organizar la vida y las formas de actuar de los sujetos en la historia.

Palabras clave: narrativa histórica, conciencia histórica, memoria histórica, aprendizaje histórico, movimientos sociales

The ripple effect. Historical narratives about the dictatorship and democracy in Chile as seen by three generations.

Abstract

This article aims to put in tension three types of historical narratives referring to the recent history of Chile. Based on the autobiographical notes of a Chilean writer, it analyzes the narrative of the generation that lived and suffered the 1973 coup d'état and returned from exile twenty years later. The central part of the article analyzes evidence collected in four public high schools in the city of Santiago from group interviews with secondary school students. The narratives of the students of Santiago concentrate on the most relevant themes and characters of the period 1965 to the present. The third and final part attempts to connect the previous narratives with the historical contingency of current Chile and the awakening of social movements. The discussion and main conclusions are related to the relevance of socio-cultural contexts in the construction of narratives and the power of social stories to organize the life and ways of acting of subjects in history.

Keywords

historical narrative, historical consciousness, historical memory, historical learning, social movements

Introducción.

[Los teóricos de la Historia] *teorizan sobre los modelos de explicación que se utilizan en los estudios históricos profesionales, y también sobre los recuerdos amargos que los viejos reprimen al mirar atrás para no verse embargados por la melancolía.*

H. Paul, *La llamada del pasado*, 2016

El exilio político atrapó por largos años al escritor chileno Germán Marín (1934-2019) en la ciudad de Barcelona, al otro lado del Atlántico. Con el paso del tiempo sus trayectos por la ciudad catalana se fueron haciendo monótonos, desgastados, casi circulares, a la manera de un viejo recorrido de transporte público en desuso. Un viaje *inmóvil* como lo define el propio Marín, un ir y venir que a cada tanto le hacía repetir sus mismos pasos. Su vida de chileno exiliado se redujo entonces a rutinarios paseos por la Plaza Cataluña, el Paseo de Gracia, las salas de arte de la calle *Consell des Cents*, estancias eternas en bares y cafés que ayudaban a pasar el letargo de cada día, la hemeroteca de la Caixa de Pensiones y visitas cada vez más cotidianas a la filmoteca, al cine El Céntrico, a las tiendas de libros usados y a la Feria de San Antonio. Es 1985, el tiempo pasa, pero no avanza. Hastiado del verano septentrional el ya envejecido escritor cumple más de diez años lejos de Chile, primero exiliado en México y ahora en España, siempre apartado de su pasado, “detenido a la espera de la nada”. Se autodefine como un turista que olvidó irse. Viviendo un “largo paréntesis, a la espera alguna vez regresar a Chile”. En ese momento de su vida Marín inicia la escritura de la trilogía *Historia de una Absolución Familiar* compuesta por las novelas *Círculo Vicioso* (1994), *Las Cien Águilas* (1997) y *La Ola Muerta* (2005)¹; en paralelo con el avance de la novela apunta retazos de su experiencia cotidiana de proscrito en un *Diario personal biográfico*. Las novelas resultan en la amalgama de esas dos escrituras: el relato novelado de sí mismo -su infancia y juventud viviendo entre Chile y Argentina -y el diario ficcionado del escritor -más viejo y exiliado en España- (Fuentes y Zapata, 2016). Lo envuelve y lo acompaña el resentimiento acostumbrado de los fracasos profesionales, el tedio de una novela que no logra terminar y una adolorida memoria en suspensión que se le aparece entrecruzada de sombras de una revolución derrotada en 1973 y noticias en blanco y negro provenientes de su convulsionado país.

En paralelo, una agitada década de los '80 se inaugura en Chile con el principal acto de legitimación que definirá el oficialismo cívico-militar que se encuentra en el poder, a partir de la aprobación de la Constitución Política de 1980, junto a ello, profundas reformas que modernizarían al país serían la base para un futuro resplandeciente y optimista (Stern, 2013). Sin embargo, solo un año más tarde esa imagen comienza a ensombrecerse cuando se manifiestan los primeros efectos de una profunda crisis social y económica que se extenderá por varios años (Vergara, 1985). Más aun, desde de 1983 se inicia un período clave para entender el declive del régimen autocrático de Pinochet y el resurgimiento de la oposición social y política: es el llamado período de las protestas nacionales que, tras diez años de dictadura, sacudirán las calles y las zonas periféricas de las principales ciudades del país (de Ramón, 2003; de la Maza y Garcés, 1985). Germán Marín sigue desde lejos estos acontecimientos: se consterna con el balance de muertos que enumera la prensa internacional, tras cada jornada de protestas y de violencia política (Salazar, 1990); revive con tristeza cada asesinato selectivo perpetrado por el Ejército; se regocija con el atentado a Pinochet asestado por un destacamento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en 1986 (Salinas, 2015); y celebra el triunfo de la opción “No” en el Plebiscito de octubre de 1988, que marcará el inicio de la transición chilena a la democracia.

Estos mismos años '80 constituyen la época fundacional del proyecto neoliberal en Chile (Salazar y Pinto, 1999); de la “teoría del pacto” como forma de resolución política (Salinas, 2015) o “transición pactada” (Lechner, 2006); y de la democracia restringida como marco de actuación, luego rebautizada como “democracia de los acuerdos” (Lechner y Güell, 2006). Es el inicio del proceso de “transformismo” político (Moulian, 1997) que corresponde a la etapa constitucional de la dictadura

cívico-militar chilena (1980-1990) liderada por una élite intelectual, militar y empresarial. En ese marco histórico, el escritor Germán Marín recupera su pasado personal, al mismo tiempo que revisita la larga historia nacional. El futuro que vislumbra el autor para su país emerge en destellos de escepticismo y desencanto. Así, entre las protestas nacionales contra el dictador en los años 80 y las sucesivas olas de protesta social, protagonizadas principalmente por movimientos estudiantiles, acaecidas en Chile a partir del año 2000 hay un hilo narrativo que proponemos revisar en el siguiente texto. Las nuevas generaciones experimentan un tiempo social extraño en el que el presente está amarrado por la continuidad jurídica y económica con el pasado (Lechner y Güell, 2006). Tal como Germán Marín se encontraba en 1980 en una relación conflictiva con su pasado, su presente y su futuro, los jóvenes chilenos de los 2000 han representado su conflicto con el presente, su distanciamiento con el pasado y sus expectativas de cambio futuro. En los siguientes apartados revisaremos el cruce de estas narrativas y sus posibles repercusiones para el aprendizaje histórico.

1. Absolverse en la nada, la narrativa de los viejos.

El escritor Germán Marín publicó su primera novela en 1973, obra que tuvo escasa resonancia, pues, tras el golpe militar tanto la obra como su autor cayeron en la censura y la persecución política. Entre la publicación de esa primera novela y la publicación de *Círculo Vicioso* (1994) -primer volumen de la trilogía autobiográfica *Historia de una absolución familiar*- Marín no publica ninguna novela, solamente, anuncia permanentemente un “proyecto” en el que se encuentra trabajando, proyecto del que hasta los más cercanos dudan de su existencia. Antes de partir al exilio, había sido un entusiasta militante de izquierda con gran interés en el maoísmo chino. Entre 1969 y 1970 fue jefe de redacción de la revista de literatura *Cormorán* donde compartió labores con Enrique Lihn, otro prócer de la literatura chilena del siglo XX (Zamorano, 2016). Este proyecto lo vinculará estrechamente con el ambiente de efervescencia política, social y cultural que se produjo en torno al gobierno de la Unidad Popular. Solo a un par de meses de haber ocurrido la caída del gobierno de Salvador Allende en septiembre de 1973, Germán Marín sale al exilio con una primera estancia de dos años en México para luego recalar definitivamente en España (Olea, 2018).

Marín lleva en Barcelona una vida anónima, es “un fantasma avergonzado” como diría Neruda. Mientras permanece estacionado, sin boleto de retorno, se revuelven en su estómago las imágenes fugaces de la traición de los vanguardistas del ayer, la brutalidad represiva que vive su país en plena década de los '80 y una decepción absoluta respecto a la élite política que se avizora en el futuro cercano. Cuando mira hacia atrás observa con pudor la construcción del Chile republicano “habitado por explotadores, asesinos, estafadores, macucos, oportunistas, demagogos, que casi siempre forman parte de la clase dominante” (Marín, 2015:152), ocultos tras el trabajo prolijo de quienes llama los “maquilladores de nuestro pasado”. El día que regrese a Chile -señala en su Diario- no espera volver a las raíces, “todo estará evaporado, hecho otra cosa, excepto las mentiras perdurables que dan pie a la llamada chilenidad” (Ibídem:250). El sentimiento sobre su país es siempre fragmentario y disociado, poblado de memoria:

[...] es seleccionar aquello que aún me resulta entrañable, vale decir, el recuerdo de los veranos santiaguinos, de los amigos vivos y muertos, de las librerías de viejo, de ciertos lugares escondidos en la costa central, de las jóvenes señoras del Barrio Alto, de los bares donde se perdían las horas. El resto me importa poco. Ser chileno, si algo significa hoy, es conservar como un viejo huraño esos tesoros de hojalata. (Marín, 2015:347)

Así, su recuerdo no se dirige siempre al “pasado inmediato” sino también hacia el país de la infancia “donde los misterios eran sagrados y los días más largos”. Simil de los recuerdos del personaje de Proust que evoca en una magdalena el paisaje de Combray, el desterrado Marín descubre en la fragancia del pan barcelonés recién horneado “otras edades”, donde los chilenos “éramos menos

desdichados que hoy, tempranos y distraídos” (Ibídem:239, 282). Sabe que solo se trata de recuerdos artificiales, propios de las flaquezas de la memoria que como tablas de un naufragio, a veces ayudan a reconstruir el ayer. En ese esfuerzo de remembranza, de mirar hacia atrás, emergen como ensoñaciones la posibilidad de “visitar los lugares de ayer”, “espiar a los amigos en sus vidas” y, de paso, “asir la odiosidad del régimen”.

Aquellas otras edades que el escritor evoca hurgando en su memoria infantil tienen como contraparte una violenta imagen del presente, del cambio radical acaecido en Chile en los años '80, cuestión que le atribuye al régimen de Pinochet y a los grupos de civiles que le son leales. Presume que la caída del dictador no representará, en ningún caso, volver hacia atrás:

... el país [...] ha cambiado de piel al transformarse en una republiquetá dolarizada, de gustos bananeros, donde impera hegemónica una plutocracia corrompida y fascistoide. Es la herencia que dejará el general Pinochet, junto a un tenebroso cuadro de torturados, muertos y desaparecidos que penará, estoy seguro, por varias décadas mientras el tiempo transcurre limpiando con sus manos las manchas de sangre. (Marín, 2015:347).

Y añade:

... en Chile existe algo más que una dictadura militar, gobierna una dictadura de clase, compuesta de políticos, de profesionales, de empresarios, entre los que cuentan esos uniformados, a cargo en particular del garrote. Estoy seguro de que mañana, dentro de diez o quince años, los civiles que participan en el régimen aparecerán como unos buenos muchachos, libres de culpa, blanqueados por el dinero que hoy roban. (Ibídem:166-7)

Esta suerte de descomposición social que Marín imputa al Chile de Pinochet, puntualmente a la élite santiaguina, también la extiende a las provincias donde pulula una “corte de mediocres e histéricos”, “provenientes de la lumpen burguesía”. La izquierda no comunista, por su lado, según lo que el autor registra en su *Diario*, tiende a convertirse en una fuerza tolerante y moderadora de la oposición a Pinochet, especialmente dócil ante las presiones del exterior. Pero, quizá, el mayor temor del autor es que la figura del propio dictador termine evanesciéndose en medio de la liviandad del chileno, una condición “lindante con la indiferencia, que lo lleva a olvidar el pasado”.

De ese modo, Pinochet será el pasado, el presente y el futuro. Marca lo que fue y que ya no volverá a ser, lo que es -muy a pesar de Marín- y lo que se atisba tras la caída del dictador.

La dictadura de Pinochet será alguna vez un recuerdo aciago y no faltará quien, mirando con nostalgia la foto enmarcada de un ser querido, dirá por qué el destino se ensañó con nosotros. Peor será para quien suspire por alguien, fue una muerte inútil su sacrificio de tomar las armas, como temo que se escuchará más adelante, mientras los políticos allá lejos, en los salones, estarán celebrando a todo cachete la democracia rediviva, a costa incluso de la molestia de que Allende existió y la Unidad Popular también. (Marín, 2015:79)

Desde su departamento en Barcelona, Marín ha sido testigo indirecto de los días oscuros de Chile. Su pluma ha dejado registro personal de lo que se sabía del país a la distancia. Sigue la prensa extranjera y las transmisiones de Radio Moscú, su *Diario* así lo consigna. Allí se impacta con la noticia del degollamiento de tres militantes comunistas, conoce la renuncia del General Mendoza uno de los integrantes de la Junta Militar, se conmociona con las aberraciones del régimen como aquella cometida en contra de los jóvenes Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri, ambos “rociados con combustible y quemados por una patrulla militar que venía de reprimir una manifestación”, también celebra el atentado contra el dictador, en tanto, “hubo capacidad de atreverse al poder del tirano”, y se entera de las muertes desatadas tras la vendetta de los organismos de seguridad de la Junta Militar. Sin embargo, los hechos recientes lo empujan, una vez más, a mirar el rostro de su generación con no poco desdén, sintiéndose parte de una larga tragedia nacional con final predecible.

No he podido dejar de lado el intento que hubo de eliminar a Pinochet, honroso para un país atribulado como el nuestro, incapaz desde el primer día de enfrentar a la dictadura, ni siquiera con la antigua y eficaz arma de la huelga general. He estado leyendo estos días cierto libro que me prestó un vecino del barrio, la novela El desesperado, de Léon Bloy, donde he hallado un pasaje que resume cómo veo a los chilenos, al menos a quienes perseveramos en el exilio: «Estamos, en verdad, completamente vencidos, archivencidos, de corazón y de espíritu. Reímos, lloramos, amamos, pensamos, escribimos y cantamos como vencidos. Toda nuestra vida intelectual y moral se explica por el solo hecho de que somos cobardes y oprobiosos vencidos». Fácil sería prejuzgar que con esa clase de reserva espiritual, disponible mañana al volver la democracia no es mucho lo que se podría esperar de beneficio (Ibídem:162).

Para Germán Marín fue una lástima que el atentado contra el dictador no prosperara. Más de una vez piensa y escribe sobre este acto. A su juicio, los chilenos “nos hubiéramos reivindicado ante nosotros mismos, ilusos, cobardes e ineptos como resultamos el martes 11 de septiembre de 1973” (Marín, 2015:180). A medida que pasan los años, confiesa Marín, va sintiendo en forma más íntima el desgarramiento de 1973. Todavía recuerda el pánico financiero que se desató en 1970 con el triunfo de Allende, y no escatima en desprecios contra las cofradías (de izquierdas u otras) que se organizan en el exilio allanando el camino para el retorno al poder. Con todo, la estancia forzosa del escritor en tierras catalanas está próxima a concluir. El resultado favorable a la oposición a Pinochet en el plebiscito de octubre de 1988 simbolizará el sol después de la lluvia. Y la pregunta por el regreso a Chile volverá a rondar la cabeza del escritor que, al igual que el protagonista de su novela La ola muerta, cuya travesía vital describe un círculo vicioso y permanente, no podrá escapar a su contingencia, al doloroso episodio que sella el fracaso y la derrota definitiva ante la imposibilidad de recuperar el pasado.

Empieza a cerrarse lentamente un cruel, largo e inútil capítulo de la historia de Chile como lo demuestran dos hechos que se asocian. El gobierno militar autorizó el mes pasado el libre ingreso de la mayoría de los exiliados y, el próximo año, se celebrarán las elecciones parlamentarias y presidenciales. Es la apoteosis de la derrota para unos que creían que mediante la violencia alcanzarían la consecución definitiva y para otros, entre los cuales me contaba, que aguardaban una recuperación épica del pasado. Sólo cabe esperar que se restañen las heridas, pero, sin lugar a dudas, deberán pasar años antes de absorber lo que ocurrió y, después, absolverse en la nada. No tengo un motivo definido para regresar, pero sentir que se abre la puerta ejerce cierta oscura fascinación, volver desde el lejano año 1973 a pisar los lugares convertidos quizás en irreales, en mitologías, sabiendo, sin embargo, que hoy son tal vez unas porquerizas. Vaya a saberse (Ibídem:343)

El exiliado Germán Marín retornó finalmente a Chile el año 1994 cuando se daba inicio a una nueva etapa de la historia nacional: “la transición de los políticos” la llamaron algunos (Salazar, 2012). Mientras esto ocurría, una nueva generación de chilenos comenzaba a nacer: eran los hijos de la democracia.

2. La generación sin miedo, la narrativa de los estudiantes secundarios.

Durante gran parte del siglo XX, el liceo público chileno estuvo rodeado de un aura heroica. Quienes alcanzaban ese nivel de la educación secundaria formaban parte de un selecto grupo, y esos liceos -llamados emblemáticos – constituían el rostro reluciente de la república en forma, orgullosa de la movilidad social de sus hijos más ilustres. Fue ese liceo el que formó la conciencia histórica de varias generaciones de chilenos, idea que implicaba sentirse actor protagónico de un relato particular de la historia de Chile (Serrano, 2018). Sin ir más lejos, Germán Marín, o mejor, el personaje protagónico de su novela La ola muerta, estudió en uno de estos liceos. Así lo consigna en su relato:

El Barros Arana constituía un liceo fiscal en régimen de internado que albergaba sobre todo el alumnado venido de provincia, heterogéneo socialmente, en el cual dominaba la presencia de muchachitos de clase media, donde los hábitos, las conductas, tendían a ser destemplados, generando unos colectivos de adolescentes, cada uno en su patio, bajo unas leyes propias que a veces se excedían. Entre los aspectos de mi paso por ese colegio debo destacar las inquietudes que dominaban el alumnado, la política, por ejemplo, como lo demostraba el interés seguido casi a diario de los acontecimientos nacionales. (Marín, 2015:58)

Marín alcanzó a conocer la época de oro de ese liceo fiscal. Tras el paso del tiempo, y luego de los primeros años de dictadura, esos liceos fueron utilizados como componente estratégico del proceso de descentralización del estado, pasando desde 1981 a la dependencia directa de los gobiernos locales o municipios (Arnove et al, 2016). Una vez dejados a su suerte, los liceos recibieron la feroz embestida de la educación privada y hoy son un remedo de lo que alguna vez fueron. Dos o tres generaciones después de la singular experiencia de un adolescente Germán Marín en el liceo público del barrio de Quinta Normal, los estudiantes secundarios de la ciudad de Santiago ya no asisten a una escuela media pública de excelencia. Esa escuela pública alicaída lleva más de dos décadas de crisis y decadencia. Hoy, los patios de esos liceos albergan a nuevos colectivos, con demandas resignificadas e intereses políticos de nuevo tipo. Por lo mismo, se ha dicho que, al interior de estos espacios educativos, la vieja idea de comunidad hoy se encuentra debilitada, en tanto la política abandonó el relato histórico de sí misma, debilitándose a su vez el enlace entre el pasado, el presente y el futuro (Serrano, 2018).

A partir de lo anterior, y con el propósito de analizar las narrativas históricas de los actuales estudiantes de educación secundaria de la ciudad de Santiago elaboramos un diseño de Estudio de caso que nos permitiera recoger evidencia sobre sus perspectivas sobre lo que H. Rousso (2018) llama una periodización arbitraria del Tiempo Presente, -una de las tantas posibles- en nuestro caso, una que incluye el período que va desde 1965 hasta “nuestros días”. Seleccionamos este recorte temporal basándonos en Salazar cuando señala que “no hay duda que la memoria social de los chilenos quedó densamente recargada con los conatos revolucionarios, golpes de Estado y transiciones que cayeron sobre ella entre 1964 y 2000, cancelando de golpe varios mitos seculares y abriendo de golpe nuevas necesidades cognitivas” (Salazar, 2007:134); misma periodización utiliza el autor cuando se refiere a “la transición ciudadana por debajo” situando sus primeras expresiones entre 1965 y 1968, época en que:

... la juventud rebelde comenzó a plantear la “vía no capitalista al desarrollo” y la “vía no parlamentaria al socialismo” y cuando múltiples ‘tomas de terreno’ de los pobladores se fueron transformando en brotes de poder popular (tomas de fábricas, tomas de universidades, cordones industriales, comandos comunales, asambleas del pueblo, desafiando desde la calle el establishment del Estado, la Constitución y los partidos políticos. (Salazar, 2012:152)

Por las restricciones de extensión de un artículo de estas características sólo expondremos aquí las narrativas de estudiantes que se recogieron en referencia a dos aspectos: 1) las ideas o conceptos que, según los y las estudiantes, mejor representan la historia de Chile de los últimos 50 años; 2) los nombres de aquellas personalidades -referidas al período 1965 al presente -que estuvieron mayormente presentes en las interacciones de las entrevistas. Seguimos aquí los trabajos de Wertsch (1999; 2002) que entienden la narración como una herramienta cultural cuyo propósito es representar el pasado. Este enfoque examina la forma en que los contextos políticos, sociales y culturales influyen en las narraciones históricas producidas por las comunidades nacionales, subnacionales o transnacionales (Epstein y Peck, 2018). Desde esta perspectiva la narrativa desempeña un papel central en la conciencia humana en general y en la historia y la memoria colectiva en particular. El recuerdo colectivo está basado en una tradición narrativa generalizada definida en términos de patrones narrativos esquemáticos y narrativas particulares cuya función dialógica está asociada con la impugnación y la

negociación involucradas en la creación de un pasado utilizable (Wertsch, 2002). Este modelo mental de pensamiento y acción humanos está condicionado por los contextos históricos, políticos y culturales en los que un individuo ha aprendido a actuar y pensar (Epstein y Peck, 2018).

Complementariamente, entendemos que la narrativa histórica constituye un sistema de operaciones mentales que define el campo de la conciencia histórica. Más específicamente incluye la percepción de “otro” tiempo como diferente; la interpretación de este tiempo como movimiento temporal; la orientación de la práctica humana mediante la interpretación histórica; y la motivación para la acción (Rüsen, 2007). La narración implica producir una trama de la experiencia temporal de acuerdo a las necesidades de auto-orientación en el curso del tiempo (Schmidt et al, 2010). Es, por lo tanto, un proceso que contribuye a dar sentido a la experiencia del tiempo de modo de responder a las esperanzas e intenciones humanas. La creación de sentido histórico es un proceso dinámico de la mente humana, que constituye la relación interpretativa de los hombres con su mundo y consigo mismos (Rüsen, 2012). Es decir, es la ejecución de la conciencia histórica expresada en una conexión interna del entendimiento del pasado, la indicación del presente y la expectativa del futuro.

Los casos del estudio fueron 4 liceos públicos de la ciudad de Santiago donde se realizaron entrevistas grupales guiadas a partir de un guion básico que estructura la conversación. Los participantes fueron estudiantes de último grado de secundaria (4° año de Educación Media) que acumulaban en su formación escolar (Básica y Media) suficientes fases de enseñanza de la historia nacional, incluida la época más reciente. Los nombres de los liceos participantes han sido modificados, a cambio se les ha asignado el nombre de una ciudad de Chile con el propósito de identificarlos y diferenciar el análisis.

Liceo Valdivia.

El Liceo Valdivia es una escuela media mixta, sus estudiantes pertenecen en un alto porcentaje a población migrante que habita sectores del centro, norte y poniente de la ciudad. La escuela está ubicada cerca de la zona céntrica, pero fuera del casco histórico. Al momento de realizar las entrevistas la matrícula total del liceo llegaba a mínimos extremos que hacían peligrar su supervivencia. Los estudiantes de esta escuela han accedido al conocimiento de la historia reciente fundamentalmente por recursos de aprendizaje escolar (audiovisuales y sitios de memoria) y los temas más recurrentes en sus narrativas son las situaciones de violencia y muerte ocurridas durante el “tiempo de Pinochet” (dictadura) y episodios muy puntuales del “tiempo de Allende” como la visita de Fidel Castro a Chile.

Identifican el año 1973 como un hito relevante en la historia del país, sin embargo, no manejan demasiada información complementaria. La fecha 1973 la relacionan con un “golpe de Estado” que provocó la muerte de gente, especialmente “comunistas” y donde el presidente (Pinochet) “quería mandar a todos, y el que no le hacía caso lo echaba”. De manera aislada emergen ideas como el bombardeo de La Moneda y la muerte de Allende. Al parecer, producto de su aproximación a material audiovisual (filmes y documentales) y a través de visitas al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, han podido recomponer piezas de un rompecabezas histórico que no logran unir en un todo coherente. Es así como en sus relatos son mencionados espacios de concentración y tortura de prisioneros utilizados en dictadura, como el caso del Estadio Nacional. Allí sitúan la muerte y, posiblemente, la tortura de personas: “primero los torturaban en camas, así, sin colchones, sin nada, los amarraban” (Liceo Valdivia, 2018) aunque no tienen certeza de la mayoría de sus afirmaciones. Un estudiante señaló: “los torturaban en el Estadio nacional y los mataban en otro lugar. Por ejemplo, subían en helicópteros, lo amarraban [...] y los aventaban al mar sus cuerpos”. Otro estudiante conoce de historias de tortura que sucedían en el mismo Palacio de La Moneda “en el subterráneo ahí también tenían calabozos donde los torturaban”. Sólo de modo anecdótico les llama la atención el caso del General Alberto Bachelet -padre de la dos veces presidenta de la República Michelle Bachelet Jeria- de quien saben que le ocurrió lo mismo que a otros chilenos. De un modo similar logran identificar al

cantautor Víctor Jara como una víctima de estos acontecimientos. Sus historias sobre este período son exageradas en detalles y frecuentemente contradictorias o poco precisas.

Respecto de los responsables de crímenes y violaciones a los Derechos Humanos, los estudiantes indican a los militares, quienes, subrayan, “solamente hacían caso” las órdenes de quien los mandaba, es decir, Pinochet. Este último “no quería que este país sea un país democrático”, más bien, “quería dejarlos en la ignorancia”. Desde la perspectiva de estos estudiantes Pinochet era el poder máximo “nadie lo mandaba”, “quién podría mandar a ese” si era dictador. Los estudiantes se hacen preguntas que podríamos relacionar con la impunidad, aun cuando son interrogantes que para ellos quedan abiertas, que no logran responder:

Inclusive los militares hay algunos que siguen viviendo, pero no, no los encierran. Y si los encierran los llevan como a una cárcel, pero con como de lujo, como pa' que descansen y todo. Pero hay algunos que se entregan y al entregarse, este, los interrogan y cuando los mueven para interrogarlos, este, vienen otros militares y los matan pa' que no hablen. (Liceo Valdivia, 2018)

Los y las estudiantes de este liceo también piensan que hay personas que, solo por haber vivido ese tiempo, “tienen miedo de hablar”. Reconocen en estos procesos, sin nombrarlo, una suerte de pacto, relaciones de familias de complicidad. No se atreven a avanzar en más conjeturas.

Algunos de estos temas son para ellos simples *flash back*, apariciones episódicas sin explicación plausible o con conexiones atemporales carentes de sentido. Es lo que ocurre cuando mencionan la muerte de Salvador Allende. Aun cuando en primera instancia comentan el suicidio del mandatario a quien “le decían que desalojara y no quiso y se mató”, al mismo tiempo lo confunden con José Manuel Balmaceda, presidente que también se suicida en el contexto de un levantamiento armado en su contra, pero 80 años antes (1891). Algo similar les ocurre con otros episodios de la historia política de Chile del siglo XX en que se produjeron alzamientos del ejército de distinta envergadura, por ejemplo, en la década de 1920, cuando la oficialidad exigía mejoras salariales apareciendo en el Congreso Nacional en un episodio conocido como “ruido de sables”. Obviamente, el cruce de acontecimientos tiene en común la participación del Ejército, pero las condiciones y contextos son radicalmente distintos en cada caso. Para los estudiantes esto es un tema menor. Habrá que agregar también en este grupo de ideas contrafactuales la referida a la muerte de Salvador Allende que, para algunos estudiantes, constituyó un asesinato y no un suicidio. Es probable que esto se explique porque los estudiantes declararon no saber mucho del presidente Allende: “Allende duró muy poco” -dice uno de los entrevistados- “no sé mucho de él, sólo lo único que tengo, así como en cuenta, es que lo echaron, se suicidó, se suicidó, lo bombardearon”.

En estas narrativas se evidencia un grado de reconocimiento de lo que los estudiantes denominan “una parte buena de Pinochet”: esto es, “que no había tanta delincuencia”. Es decir, así como se mataba a personas, se mataba a “maleantes” “y ya como que la gente no salía a robar”. Este pragmatismo relativista no se podría hacer extensivo a otros ámbitos comentados por los estudiantes de este liceo. Sin embargo, en más de una ocasión mencionaron que “tampoco podemos decir solamente lo malo porque también había cosas buenas” “como en todo país” (Liceo Valdivia, 2018).

Cuando miran al pasado, reconocen un país en que “no había democracia”, el pasado parece reducirse a Pinochet. Otros episodios de su temporalidad más reciente son mencionados solo a modo de grandes títulos, dando estatus de hechos históricos a eventos de muy diverso tipo: “la Revolución Pingüina”, el rescate de los 33 mineros de Atacama, el campeonato de Copa América que obtiene Chile en 2009, los cambios de mando presidencial, Michelle Bachelet como primera mujer en ocupar el cargo de presidenta, la ola feminista. Respecto del futuro, las y los estudiantes de este liceo son relativamente optimistas, el futuro puede ser mejor, pero depende de cada uno.

Liceo Concepción.

El liceo Concepción es una escuela mixta, del centro de la ciudad inserta en un barrio comercial con una población escolar altamente heterogénea donde predomina la clase media empobrecida, los sectores populares y la nueva población migrante. Al momento de realizarse las entrevistas la escuela implementaba un proyecto educativo crítico, en el marco de un gobierno local de Derecha. Los y las estudiantes del Liceo Concepción conceden una gran responsabilidad a la dictadura en lo que refiere a la cultura social que domina el país. Esta cultura social estaría gobernada por características como el miedo, la discriminación y la violencia. Respecto del miedo sienten que ha inhibido a las personas para cuestionarse las relaciones de las que son parte. De acuerdo con los estudiantes del Liceo Concepción quienes están hoy en los grupos de poder tienen el propósito de controlar: “ellos quieren generar miedo”. Por lo mismo, los ciudadanos “no van a querer generar cambios, no van a querer una nueva constitución”. La actual Constitución Política de Chile está basada, según los estudiantes de este liceo, en “pura violencia”. Violencia que se ha expresado desde las guerras civiles hasta el despojo de tierras al pueblo mapuche. El origen de este miedo social lo sitúan en la dictadura, particularmente por las formas de violencia que se han asentado en diversas esferas de la sociedad. Esta violencia no es solo una aproximación conceptual para los y las estudiantes sino que -según lo que señalan -la experimentan cotidianamente: así, por ejemplo, se refieren a “la violencia cuando uno se quiere manifestar en las calles; la violencia de los mapuches por querer recuperar algo que es suyo; o, la violencia que nosotros sufrimos aquí porque nos tomamos el espacio para cosas básicas, las amenazas como del alcalde que nos tiran a los pacos, para mí todo eso es violento” (Liceo Concepción, 2018).

En cuanto a los personajes claves del período, Pinochet y el político de derecha Jaime Guzmán son identificados como “los creadores de la Constitución que ahora nos rige”, recalcan que fue Pinochet en dictadura quien “impuso el sistema”. Allende, en tanto, ocupa un lugar destacado porque dentro de su gobierno nacieron un conjunto de ideas, algunas de ellas aceptadas por la población, así como otras fueron rechazadas. Por ejemplo: “dentro de ese gobierno... se estaba como generando la unidad popular, no se quiso y punto” (Liceo Concepción, 2018). Según esta narrativa, la caída del gobierno de Salvador Allende habría que buscarla en el temor que se instaló en los grupos privilegiados respecto a la posibilidad de “perder el poder”, en momentos en que la gente estaba creyéndole a Allende “y estaba haciendo valer sus derechos”. De acuerdo con esta tesis a partir de esto comenzó el mercado negro, con el propósito de justificar el golpe de Estado, pues, el país estaba sufriendo una crisis económica.

En directa relación con lo anterior se encuentran las narrativas que conectan los procesos vividos en Chile con las decisiones políticas o económicas originadas en otras latitudes. Por eso, las políticas intervencionistas de EE.UU. sobre América Latina ocupan un lugar destacado en las narrativas de estos estudiantes. En sus reflexiones se confunden la política exterior de los EE.UU. con el rol de determinados intelectuales o economistas como Milton Friedman: de acuerdo con lo que señalan los estudiantes “EEUU igual fue uno de los agentes de la dictadura, que entregó plata incluso para que las Fuerzas Armadas como que ejercieran violencia, les enseñó a torturar, los llevo a una escuela” (Liceo Concepción, 2018). En este caso, el factor externo (política exterior norteamericana) se suma al factor interno (temor de los sectores privilegiados). Sin embargo, no existen puentes plausibles entre ambas narraciones, entretejiéndose una trama que aunque añade más elementos al análisis no consigue ni darles valor de relevancia o conexiones lógicas dentro de una explicación de conjunto. En todo caso, lo que emerge de forma más natural en estas narrativas es que todos estos antecedentes de orden histórico -probablemente dispersos -son utilizados luego, no para explicar rigurosamente el pasado sino para justificar ciertas conductas y determinadas formas de actuar en el presente.

A partir de lo anterior, adquieren coherencia las reflexiones que realizan los y las estudiantes del liceo Concepción sobre la sociedad presente en las que les toca desenvolverse. Así, entonces, perciben una sociedad discriminadora, especialmente “hacia nuestros hermanos que vienen al país a buscar mejoras laborales, para poder subsistir, poder mandarles plata a sus familias”. Misma actitud discriminadora observan hacia los homosexuales, y hacia las personas diferentes. De cierta forma,

deslizan aquí una crítica a la chilenidad contemporánea muy coincidente con lo que Germán Marín registró en el Diario de La ola muerta. Esta sociedad es, al mismo tiempo, individualista, “quieren que entre las mismas personas haya como un sentimiento negativo, que no permita a la gente compañerismo, que no les permita solidarizar unos con otros, eso quieren”, “como el trabajar para uno” “tratan de que las personas, entre ellas mismas, se odien (Liceo Concepción, 2018).

La experiencia familiar cercana, además, lleva a algunos estudiantes a tener bajas expectativas en relación con los “cambios críticos” que se requiere generar. Será muy difícil “si la gente sigue apoyando a los mismos”. Utilizando su propio lenguaje identifican un conflicto de intereses de clases sociales que gobierna la política nacional: la clase alta (o los “locos de arriba”) votan en las elecciones, “por eso siguen ganando ellos, y nos gobierna la misma gente, porque los pobres como que se resignan, no tienen perseverancia a seguir, porque ya están cansados”. Como consecuencia ven la política como un negocio: “los locos solo por hacer sus campañas ganan caleta de plata, y locos que se postulan para ganar, solo porque les pagan caleta de plata por postular y hacer la campaña” (Liceo Concepción, 2018). Así, entonces, entre el peso de las tradiciones familiares abúlicas y desesperanzadas y la mecánica arrolladora del negocio de la política, los estudiantes se sienten envueltos en un “círculo mental” (sic).

Si hay algo que rompe con ese círculo de miedos e inacción al que se refieren los estudiantes de este liceo es el movimiento estudiantil que emerge con inusitada fuerza el año 2006. La llamada Revolución Pingüina es un hito reconocible para los estudiantes en la historia reciente porque coincide con un levantamiento general de los movimientos que no fueron solamente de estudiantes: “el 2006 fue como el cambio dentro de la mente de los secundarios de no tener miedo” pero también se levantaron movimientos de los trabajadores, de No+AFP, de las mujeres, etc.

Ahora bien, y pese a lo anterior, existe en estos estudiantes una esperanza relativa respecto del futuro y del cambio histórico. Es decir, los estudiantes ven que “la gente igual se sigue levantando, sigue luchando tras algo”. Este empuje movilizador lo identifican en diversos ámbitos: en las luchas del pueblo mapuche, en ellos mismos como jóvenes, y en general en toda la gente. Piensan que no hay que perder de vista esta voluntad de cambio, “es algo que siempre hay que tener en mente, la perseverancia de toda la gente que sigue luchando hasta el día de hoy (Liceo Concepción, 2018).

Liceo Arica.

El liceo Arica es una escuela media solo de hombres, ubicada en el centro de la ciudad con una población escolar altamente heterogénea donde predomina la clase media empobrecida y los estudiantes provenientes de sectores marginalizados de la Región Metropolitana. Al momento de realizarse las entrevistas la escuela experimentaba frecuentes conflictos públicos con la autoridad local de Derecha. Los estudiantes de esta escuela media reconocen las posibilidades que traen consigo las nuevas tecnologías, la globalización o la conectividad global. A través de internet sostienen “llegó la posibilidad de enterarse de la historia a través de muchas fuentes y miradas, quitándonos esa barrera de limitarnos a leer un libro y a cierto autor o a ciertos autores. Internet trajo la posibilidad de casi cualquier persona de, de relatar algo y opinar que eso ayuda”. En esta posibilidad ellos ven un “despertar”. Un despertar ligado a una mirada de lo global, “al darse cuenta que las cosas no son absolutas, que, y que todo está sujeto a lo que vea el autor” (Liceo Arica, 2018).

También consideran que el mundo actual se ha convertido en un lugar deshumanizado, dominado por el individualismo y la competencia. Identifican un permanente “intento de progreso”, cuestión ligada a nuestra condición de neoliberales ya que “siempre estamos en busca de una búsqueda de progreso capital que beneficie al país”. Así mismo, “todas las personas buscan, progresando, buscan siempre superarse. Lo mismo también a nivel país, cada país tiene como ese, esas ganas de superarse, ser el mejor” (Liceo Arica, 2018). La búsqueda del progreso en estos relatos está ligada a una cultura del individualismo generada, según los estudiantes de este liceo, por el sistema económico capitalista,

aunque no son claros en esta relación. Esto se expresa en que “la gente dejó de mirar a los lados y como que se puso máscaras de caballo de carrera para mirar sólo hacia el frente” (Liceo Arica, 2018). La competencia se instala como una práctica que regula las relaciones sociales: “competir con el resto, competir en el sentido académico para obtener un puesto en la universidad [...] competir en el trabajo para tener más ganancias, competir en el sentido de las relaciones amorosas porque también tienes que venderte como un objeto hacia otra persona” (Liceo Arica, 2018). Lo puntualizan del siguiente modo:

La competencia también se ve en los trabajos, en todos lados, hasta en el mismo Liceo que desde pequeños nos inculcan como la competencia, de ser el mejor del curso y esas cosas; y también entra el individualismo que solamente hace centrarse al alumno en sus notas, en que tiene que ser el mejor, tomando el ejemplo de los estudiantes y muchas veces dejar de lado como ayudar al que no sabe, al que está más débil en eso. (Liceo Arica, 2018)

Así, aparece con fuerza una idea de “deshumanización”, concepto que para uno de los estudiantes de este liceo tiene un doble efecto: “deshumanizarte a ti mismo y deshumanizar al resto” (Liceo Arica, 2018). La pérdida del sentido de lo humano es visualizada aquí “en el sentido de que la sociedad actual está centrándose más en el capital y en los objetos que en las mismas personas, en las ciencias puras, en ganar riquezas, en vez de la humanidad. Está perdiéndole ese sentido. Está objetizando al humano, tratándolo como un objeto de explotación (sic)” (Liceo Arica, 2018).

Por otra parte, identifican lo que denominan “nudos a través de la historia”, uno de estos nudos sería el miedo instalado en la conciencia de las personas, concretamente se trata de un miedo a la dictadura militar, que permanece en el tiempo. Esta perspectiva sugiere que, como consecuencia de los 17 años de dictadura, se generó un tipo de sociedad, que se ha “criado” en un ambiente gobernado por el miedo, que reconoce “barreras” en diferentes ámbitos. Los estudiantes llaman a este miedo como “un miedo político” o referido más específicamente a las leyes, la Constitución, etc. El efecto de estos nudos en la sociedad sería que “la gente ya no cree en el cambio” y que las personas “ya no pueden salir de un estanque en el que se encuentran”. En este caso, el pasado detiene o estanca la agencia histórica en el presente y debilita la apertura de otros futuros.

En términos de los procesos históricos más relevantes del pasado reciente o ideas que expresan lo acontecido en Chile en la última mitad de siglo, los estudiantes de este liceo incluyen como un tema de importancia lo que llaman “intervencionismo” de las políticas externas y de las grandes potencias; puntualmente se refieren a los presidentes de los Estados Unidos de América. Por ejemplo -señala un estudiante- “según lo que han informado, el Golpe Militar en Chile ocurrió por cosas externas, políticas de EE.UU, problemas con Cuba, Guerra Fría, ese contexto y, claro, cada decisión, sea económica o política, tiene que ver con el exterior. Sostienen, además, que a comienzos de la década del ‘70, Chile estaba entrando en una crisis en el Gobierno socialista de Salvador Allende y “que estaba en camino a un comunismo” (Liceo Arica, 2018). En ese marco de la narración aparecen personalidades como Augusto Pinochet o Jaime Guzmán. Respecto del rol de cada uno de estos personajes, los estudiantes señalaron que “dicen muchas personas en sus puntos de vista dicen que Pinochet, con estas palabras dicen que llegó a salvar Chile, y vemos bien que es por el lado económico”. En este punto, no hacen más que constatar la presencia de un tipo de memoria histórica sobre el Chile reciente que ya ha sido estudiada por la historiografía profesional y que, precisamente, recibe el nombre de “la memoria como salvación” (Stern, 2013). En lo que refiere a Jaime Guzmán, al igual que en otros casos, se le atribuye casi sin discusión la responsabilidad por la Constitución Política de 1980 “que se creó en cuatro paredes en Chile”. A partir de este comentario, los estudiantes del liceo emiten juicios de valor en torno a la actual vigencia de esa Constitución y la (im)posibilidad de cambiarla. Piensan que la ciudadanía permanentemente está manifestando su deseo de cambiarla, “pero cuando se puede, la gente no participa”.

Otras personalidades mencionadas con mucho menos intensidad son: Andrónico Luksic, empresario multisectorial, dueño de un canal de televisión abierta y una de las mayores fortunas del país por considerarlo “un exponente de lo que se está convirtiendo el mundo actualmente” producto del capitalismo y sus efectos secundarios como el individualismo; de igual forma, como “un exponente del monopolio y de las prácticas actuales del capitalismo”. Marginalmente se menciona a Sebastián Piñera y las posibles consecuencias de su período de gobierno.

Liceo Iquique.

Al igual que la escuela anterior, este es un Liceo solo de hombres, ubicado en la zona central y poniente de la ciudad, con una población escolar de clase media empobrecida, sectores populares y jóvenes provenientes desde fuera de la Región Metropolitana. El año en que se realizaron las entrevistas la escuela vivió varios episodios de asedio policial. Los estudiantes de este liceo tienen miradas un poco más complejas respecto del período 1965-2000 en las que tienden a incorporar diversos relatos históricos o retazos temporalmente mucho más distantes de su experiencia histórica presente. De cualquier modo, el tiempo presente imprime en ellos una poderosa marca. De ahí emerge una mirada pesimista que identifica al capitalismo, el neoliberalismo y en general al sistema económico como el principal mecanismo que moviliza la historia mundial del siglo XX y particularmente la de Chile “eso es lo que ha movido las acciones, el por qué, el cuándo, incluso el dónde” (Liceo Iquique, 2018).

En parte, en relatos como el anterior encuentran elementos para explicarse lo que sucedió en términos históricos en Chile en los últimos 50 años. Los años ‘70 aparecen en la narrativa de estos estudiantes como un tiempo de gran incertidumbre y de constantes “problemas sociales”. Piensan que el contexto de la Guerra Fría explica en parte el devenir histórico del país, especialmente por el rol de los Estados Unidos y de la Alianza para el Progreso y su propósito de “unión de toda América Latina”. Además, asocian a este período el proceso de Reforma Agraria desarrollado en Chile durante esos años. Subrayan además lo relevante que es que en Chile “se logra por primera vez en la historia” que un socialista llegue al gobierno a través del voto. Según estos estudiantes “se le teme más a Salvador Allende que a Fidel Castro, ¿por qué? porque justamente tiene el respaldo de toda la nación o... de gran parte de ella”. Señalan que, a diferencia con el presente, en esos tiempos el voto era algo fundamental porque significaba la representación, “la gente sabía que votar era importante, ya que generaba cambios”. Uno de esos cambios concretos fueron “las 40 medidas que toma Salvador Allende en el proceso de la Unidad Popular” las que respondían, justamente, según la visión de estos estudiantes, a “una visión distinta del capitalismo, a una visión crítica, a una misión de cambiar, modificar e incluso de reestructurar, o de cambiarlo simplemente, de pasar de un sistema económico a otro” (Liceo Iquique, 2018). Para este grupo de entrevistados Allende es sinónimo de igualdad, aun cuando sus referencias a su período de gobierno son extremadamente exiguas y se reducen a las ya mencionadas 40 medidas, a lo que agregan -sin detallar – “hambre” y “colas para comer”.

El período de la dictadura marca lo que ellos llaman “la muerte del respeto” que hace desaparecer la participación e instala el miedo. Más que de incertidumbre, consideran que este fue un período lamentable. Según ellos ningún país “se merece estar en condiciones así, que haya tantos muertos, tantos desaparecidos, que... no sé, la economía se infle, o sea [...] que tenga un... un cambio radical en la sociedad chilena (Liceo Iquique, 2018). Los aprendizajes que desarrollan en la escuela estos estudiantes indican que se privilegia el estudio de temas vinculados a violaciones a los Derechos Humanos, pero se resta valor a otros ámbitos de análisis, como por ejemplo el económico.

Para estos estudiantes no pasa inadvertido el hecho que post 1990, al volver la democracia, “iban a estar en el poder los mismos sujetos”. Puntualmente, se refieren a Pinochet y les parece inverosímil su continuidad: “sabiendo lo malo que fue para la sociedad, los hechos que cometió, que fueron prácticamente imperdonables y saber que hasta ahora ha seguido en el poder, ese personaje. O sea, ya

Pinochet está muerto, pero está toda su... figura [permanece] dentro de sus partidos políticos”. Lo anterior es un buen ejemplo de lo que los estudiantes denominan la pérdida del respeto. En todo caso, lo que la historia les ha enseñado es que este tipo de prácticas no son exclusivas del período reciente. Todo lo contrario, tienen la idea que desde períodos muy pretéritos ‘la política’ se comporta del mismo modo, desde la “Guerra del Pacífico” o “desde el Parlamentarismo hacia adelante. Siempre [están] intentando arreglar los votos o... beneficiar al más poderoso siempre” (Liceo Iquique, 2018). Esto para ellos se denomina corrupción. El efecto de todo eso es la pasividad que evidencia cierto sector de la sociedad: “la gente prácticamente no hace nada, solamente observa y no genera el cambio”. El tiempo correspondiente a la democracia lo califican como de “templanza”, creemos que se refiere al grado de moderación que ha prevalecido en la toma de decisiones políticas. Por ejemplo, en la poca claridad respecto a las violaciones de derechos humanos ocurridas en dictadura (Liceo Iquique, 2018). O, la incapacidad de cambiar la Constitución Política de 1980. Según algunos estudiantes la razón de esta “templanza” contemplativa no es otra que el sistema capitalista:

¿Por qué? porque ya se instauró tan bien acá, llegaron las tarjetas de crédito, que llegó el comercio, que llegó el tratado de libre comercio en China [...] todos comprenden el voto como algo de que ya no sirve o que ya no se siente representado. Más allá de quién esté ocupando el poder, implica que quién esté ahí va a administrar el capitalismo, no va a hacer nada más, da lo mismo si sea Piñera, sea Bachelet, sea Kast... Va a ser la figura que por durante 4 años va a administrar el capitalismo con su punto de vista [...] van a administrar el capitalismo para los empresarios... (Liceo Iquique, 2018)

De acuerdo con lo anterior, en Chile todas las esferas de la vida están permeadas por la variable economicista o comercializable. Nada queda fuera. Por lo mismo para este grupo de jóvenes queda claro que la salud, educación y otros derechos humanos, han sido objeto de una transformación radical que actúa en contra de muchos sectores de la sociedad.

Las narrativas de los estudiantes de este liceo se pronuncian claramente contra cuestiones de orden estructural, en tanto rechazan el sistema social en que se desenvuelven. Consideran que lo que falta en la sociedad actual es “conciencia”, concepto que acompañan de “pertenencia”. En su perspectiva esto es lo único que podrá actuar contra el individualismo y la competencia que denuncian como nociva y centrada en el sí mismo. Junto a lo anterior, reconocen que el mundo adulto, y ellos mismos, se ven afectados por un cierto conformismo que les inmoviliza. Sin embargo, “es algo que por lo menos en estas generaciones se está cambiando un poco, quizás no completamente pero sí se está teniendo un poco más de conciencia” (Liceo Iquique, 2018). Sus perspectivas de futuro son limitadas y realistas, pero no negativas. Serán, según confiesan “la generación sin el miedo a la dictadura”.

3. Que vuelvan los dragones, la narrativa del despertar.

Para cerrar este artículo proponemos revisar muy sumariamente una tercera narrativa. Este último relato es el más contingente y, de cierto modo, el más precario, el de más difícil interpretación. Tal como en un efecto dominó, esta última narrativa se desprende de la narrativa anterior (la narrativa de los estudiantes secundarios), del mismo modo que la narrativa de los jóvenes se desprende de la que hemos denominado la narrativa de los viejos. La metáfora o la imagen de La ola muerta, según el autor de la novela hace alusión a un movimiento ininterrumpido, natural; una especie de fuerza de inercia iterativa, sin principio y sin fin, con intensidades fluctuantes a lo largo del tiempo. Un movimiento similar al silencioso ir y venir de los movimientos sociales que se deslizan por la superficie social, a veces en un aparente sigilo atávico, otras veces con una energía y profusión que conmueve o apasiona. Con esa fuerza emergieron en la década de 1980 como protestas nacionales y fueron, al decir de algunos, un movimiento popular que puso en jaque a las autoridades de la época (de Ramón, 2003) aunque la experiencia que acumularon no se proyectó hacia el período de la transición (Salazar y Pinto,

1999) y, como lo apunta el propio Germán Marín, con el dictador no pudo ni la huelga general, ni los intentos de asesinato. En ese momento histórico, la protesta constituía una forma de reaccionar contra la supresión de derechos por parte del Estado, en el marco de la instalación de un proyecto de libre mercado y competencia. Todo un marco temporal que se extiende hasta el presente, cuyas consecuencias ya están a la vista. La contingencia que estremece a la sociedad chilena post 18 de octubre de 2019 podría ser leída como un *continuum* de experiencia histórica que por motivos similares abandona su posición reclusa e invisible, para pasar al espacio público y reconocerse como sujeto histórico. Los movimientos estudiantiles, que son los actores protagónicos de esta última irrupción, han aportado un cántico narrativo en el que se condensa la consigna del cambio histórico en el Chile actual. El enunciado “Chile despertó” hace las veces de abreviación narrativa (Cerri, 2011) cuya interpretación y análisis no podría estar desconectada de las narrativas que aquí hemos puesto en discusión.

De acuerdo con Rüsen (2007) una relación histórica con el pasado está determinada por una tensión temporal con el presente, en esa relación el presente se enriquece con una enorme cantidad de experiencia, pues, el pasado se vuelve histórico cuando supera lo biográfico y regresa a la cadena de las generaciones. Así actúa la memoria histórica, haciendo que el peso y el significado de la experiencia histórica sean visibles y puedan ser evaluados. Es esa memoria la que “cambia las formas de apropiarse significativamente de los tesoros de las experiencias pasadas. Estas formas de apropiación se vuelven mucho más complejas, ya que pueden emplear una gran variedad de estrategias narrativas” (Rüsen, 2007:175). Un arco de opciones de relato y de formas de relacionarse con el pasado que, en el caso chileno, se han puesto a disposición de quienes vienen desarrollando sus capacidades de acción histórica desde los comienzos de la década del 2000. Siguiendo esa línea de análisis, podemos pensar que la conciencia histórica de los jóvenes, ese “dar sentido a la experiencia del tiempo”, al interpretar su pasado para comprender su presente y esperar el futuro, está cruzando actualmente el complejo terreno que va de la percepción del tiempo pasado como memoria insistente a la motivación para la acción.

El historiador Gabriel Salazar (2012) planteó hace algunos años un conjunto de reflexiones sobre las características y el protagonismo de los movimientos sociales que emergían a la sociedad chilena desde los albores del nuevo milenio. La preocupación principal de su reflexión fue ¿por qué razón histórica la primera manifestación ciudadana del siglo XXI chileno tuvo lugar entre los adolescentes y estudiantes secundarios?, y la respuesta que ensayó fue la siguiente: porque esos jóvenes “nacieron y vivieron [...], con prístina crudeza y en carne propia, la lejanía del Estado, la omnipresencia del Mercado, la enajenación de la Centroizquierda y la necesidad, por tanto, de hacerlo todo por sí mismo, en compañía fraternal con todos los iguales a uno” (Salazar, 2012:154). Para Touraine (2000) movimientos de este tipo logran unir la conciencia y la acción, y pueden existir en los lugares en que la lógica de las técnicas y los mercados entra en conflicto con la del Sujeto. Aun cuando se trata de movimientos que describen formas maleables y escurridizas, sin una coherencia política global se asumen como un “movimiento de movimientos”, con un conjunto de prácticas intuitivas y flexibles (Harvey, 2013). Por lo mismo, se señala que no toda lucha social lleva en sí un movimiento social, pero “siempre hay que buscar en ellas la presencia de éste, es decir, de un proyecto cultural asociado a un conflicto social” (Touraine, 2000:110). Un movimiento social visto de esta manera pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y modelos culturales, cuestionando orientaciones generales de la sociedad.

La nueva Historia Social chilena ya venía analizando estos temas desde comienzos de los 2000. Se señaló, por ejemplo, que estas generaciones de jóvenes se han quedado sin partidos, ni sociedad a la cual integrarse, pero, como contrapartida, contienen en sus dinámicas el instinto de generar sus propios espacios de participación, lo que equivale -siguiendo la lógica de Touraine- a portar en su interior el germen de una nueva sociedad (Salazar y Pinto, 2002); también se identificó a los movimientos estudiantiles del siglo XXI con un claro perfil identitario, en cuanto movimientos (protagonistas) que

reivindican derechos sociales *versus* los actores del poder político (sus antagonistas) que privilegian las lógicas economicistas de mercado (Garcés, 2011); por último, los historiadores también reconocieron la aparición de un nuevo tipo de debate en la Ciencia Histórica, aquel que se concentra en las tres últimas décadas y en especial en la coyuntura actual, es decir, el presente histórico (Salazar, 2007).

No es nuestra pretensión analizar aquí esta última irrupción del movimiento social estudiantil que derivó a partir del 18 de octubre de 2019 en un “estallido social”, probablemente el de mayor alcance en decenas de años. Sólo sugerimos que para comenzar a entender el fenómeno es preciso volver a las reflexiones de Germán Marín al principio de este artículo y, al mismo tiempo, a las diversas comprensiones sobre la historia y el presente histórico que desarrollan los estudiantes secundarios de Santiago.

En 2009 -justo en el intersticio temporal entre los movimientos estudiantiles de 2006 y 2011- un joven y desconocido cantautor de la escena *under* de Valparaíso, nacido en el puerto de San Antonio, publicó su primer disco oficial bajo el título “Que salgan los dragones”. El *Track 1* que lleva el mismo nombre del disco, puede considerarse la crónica anunciada de un estallido social por venir. Aquí algunas de sus imágenes principales:

*Es hora de salir de la conciencia / Ser aire en el desastre mundanal, /
Que vuelvan los dragones a volar / Para quemar la histórica indecencia.
Los muertos que trajo sin ver la ciencia / El suelo seco del confort social, /
La bomba oculta en la vida normal / El miedo en medio de todas las fiestas.*

*Es hora de salir de la conciencia, / ser árbol de calleja suburbial, /
que nazcan los niños para soñar / la vida sin cabrón ni penitencia.
Que dejemos la risa como herencia, / Las ganas como hazaña cerebral, /
Que vuelva el corazón del animal / Para sacar del alma esta violencia.
Que la tranca es de sociedad / que cree que todo perdura /
La mariposa era cuncuna, / Al vuelo se deja volar.*

(Chinoy, *Quematurcabeza*, 2009)

Entre las reflexiones que el viejo Germán Marín registró en su Diario de La Ola muerta hay una que expresa que, tras la tragedia, algunas generaciones arrastran la culpa de estar vivos. Ese agotamiento generacional lo remarca cuando escribe “pertenezco a una generación que, vulnerable como todas, hoy asiste en su decrepitud al duelo de sus entusiasmos de ayer” (Marín, 2015:221). En las antípodas de ese mensaje el cantautor de Valparaíso insufla de ímpetu a su generación (del 2000) diciéndole: dejemos la risa como herencia, las ganas como hazaña, que salgan los dragones a volar.

Discusión y conclusiones.

De acuerdo con Santos (2016) en los últimos tiempos la confianza en las élites se ha venido deteriorando, sin que los sistemas políticos permitan a los ciudadanos recuperar su capacidad y competencia para intervenir en la vida política. Un ejemplo de ello fueron las protestas que han sacudido distintos países en el mundo desde 2011. En Chile, la educación histórica del ciudadano ha sido una desaparecida por décadas, es decir, ese relato se ha mantenido silenciado y en su lugar se usó indiscriminadamente la autoimagen del consumidor exitoso y reconciliado con su historia. Esto implica que la ciudadanía (viejos, estudiantes y generaciones intermedias) tiende a desarrollar su conciencia histórica a través de irrupciones de protesta en el espacio público -como en los 60, en los '80, y en los 2000 - y/o por medio de la supervivencia de una cultura histórica y social crítica o contestataria, o autogestionada y adaptativa (Salazar, 2012). De cierto modo, ese fue el recorrido de Germán Marín en tanto escritor, que al volver a Chile en la década de los '90 sigue exiliado, pero ahora dentro de su país. “Era un extranjero en mi país”, dirá en su novela *Ídola* (2008). Probablemente su destierro no era físico,

ni se refería a la loca y accidentada geografía chilena. Era, más bien, la continuidad indeterminada de su viaje sin retorno de 1973. Ese pasado del que se tuvo que separar forzosamente lo acompañó el resto de su vida, incluso con más fuerza y desconcierto en el momento de su retorno. Su paréntesis en Barcelona, no logró desanclarlo del trágico curso de la historia del país desde el golpe de Estado. Pero, al mismo tiempo, lo convirtió en un francotirador infalible a la hora de pensar el presente y retratar el futuro. Allí, replegado en sus empolvados libros alimentó su desesperanza y su distancia con el Chile que emergía tras la tragedia. En términos prácticos Marín estuvo 20 años como un *outsider*, sin publicar, trabajando para otros, husmeando en lo ajeno para rechazarlo siempre, preparando un proyecto literario imposible, autogestionando su “fracaso”, desconfiando del futuro. Y de pronto emerge, como todo, sin aviso. En 1980, mientras prepara las primeras páginas de su trilogía, en Chile se prepara la respuesta social y organizada contra el modelo de libre mercado de Pinochet. Una respuesta y movimiento que vivirá su propio exilio, esta vez en democracia. Ahora en Chile Marín será testigo de ese transformismo y desfiguración de lo que fue una forma de mirar el pasado y el futuro. En 2019, año de su muerte, otras generaciones mucho más jóvenes han abierto una brecha a esa desesperanza que el escritor supo traducir en un cúmulo de relatos notables.

Tal como señala Paul (2016) las personas estamos influenciadas por las formas de relato que circulan en nuestra cultura, ya sea de manera consciente o no. A partir de ellos se estructuran nuestros valores y marcos interpretativos (Seixas, 1997). Es lo que nos muestran las narrativas de los estudiantes secundarios que hemos analizado en este trabajo. Sus marcos de comprensión -tal como ocurre en el relato autobiográfico de Marín- provienen de las historias familiares, de sus propios espacios de interacción horizontal, de los medios audiovisuales, de la ficción y del documental, de las conmemoraciones, de los museos y sitios de memoria y del aprendizaje escolar, por cierto. Es decir, si se quiere trabajar de verdad en una modificación sustantiva de los modos de aprender y enseñar historia se deben considerar todas las formas de historia (teóricas y prácticas) que se pueden desarrollar en el espacio público (Rousso, 2018).

En sus narrativas los jóvenes secundarios participantes en este estudio han trazado con claridad el contorno de su oponente: su antagonista es sistémico, poderoso, atávico, y arraigado en la cultura política. Ese oponente, no es otro que el neoliberalismo que, según Santos (2016), es una inmensa máquina de producción de expectativas negativas, conformismo y miedo. Por eso, los estudiantes declaran haber recibido como herencia una cultura social anclada en el miedo, frente a la cual se rebelan, rechazando el individualismo, la competencia y los valores del mercado. Tal vez por lo mismo, se conciben como una generación que superó las limitantes históricas que le impuso la dictadura cívico-militar a la sociedad chilena. Esta dictadura (1973-1990) es nuestra última catástrofe, como dijera Rousso (2018), y parece indesmentible que a partir de ella se organiza nuestra historia reciente y las narraciones de los estudiantes de educación media. Si pensamos que la narrativa histórica va a reflejar siempre una construcción subjetiva acerca del pasado en su relación con el presente y, eventualmente, con perspectivas de futuro; y que, además, esta narrativa histórica refleja la conciencia histórica de quién la produce (Gomes Barca Oliveira, 2019), entonces podemos escudriñar en las comprensiones juveniles arriba descritas y aproximar definiciones de conciencia histórica para cada una de ellas, sean estas individualistas o solidarias, esperanzadas o desesperanzadas, utópicas o realistas, radicales o moderadas.

Para los jóvenes participantes el pasado es de corta duración, su memoria histórica apenas llega un poco más allá del golpe de Estado de 1973. No hay recuerdo social significativo que sobrepase ese acontecimiento. Pudiera pensarse que la tragedia borró el caudal de memoria acumulado hasta allí y solo un profundo proceso de autoeducación histórica del propio movimiento social (Salazar, 2012) lo podría re-descubrir y resignificar. Por lo tanto, puede resultar poco relevante el olvido de personajes, o de acontecimientos emblemáticos, o si estas narrativas carecen de una organización narrativa global (Wertsch, 1999). Algunos estudiantes están dando forma a la estructura de la trama que se proponen

transmitir, avanzan en la organización más coherente de su propia narración sobre el período aquí analizado (Wertsch, 1999). No hay que perder de vista que, a diferencia del aprendizaje de otros períodos del pasado, en este caso estamos hablando de aprehender la historia en movimiento, la historia que, al mismo tiempo, se hace (Rouso, 2018). Además, es altamente probable que durante su historia escolar los estudiantes nunca hayan tenido la posibilidad de trabajar en una organización de contenidos este tipo y por lo mismo estén recién aprendiendo que la historia no es una calle de sentido único (Shemilt, 2000). Lo que nos señalaron aquí es que ese ejercicio intelectual está casi siempre mediado por un profesor o por las oportunidades que brinda el liceo, más allá de las exigencias del Currículum Nacional obligatorio. Esto coincide con las experiencias en otros contextos nacionales donde hay pocas oportunidades para las interpretaciones divergentes al currículum oficial. En algunos de los liceos estudiados había un abierto interés por fomentar, a contracorriente, jóvenes críticos capaces de reconocer la diversidad y desafiar las estructuras existentes que han producido conflictos en el pasado (McCully, 2010).

Respecto de Pinochet y los efectos normativos de su régimen (Constitución Política de 1980) son vistos como la principal fuerza ahistórica que prevalece en la sociedad chilena. A lo anterior se suma una cultura social cruzada por el miedo y la pasividad política. Estos patrones se pueden hallar al menos en tres de los cuatro liceos estudiados cuestión que sugiere, al menos, una evidente posición “anti” muy propia de las generaciones jóvenes. Es decir, como contrapartida a las características estabilizadas en la sociedad adulta, la conciencia juvenil se rebela antes esas pasividades y temores, reorientando sus vidas en torno al riesgo, la frontalidad y las situaciones temerarias. Aquí es donde se tornan relevantes las reflexiones de Paul (2016) cuando señala que las formas de relato con las que las personas interpretan su pasado influyen en la forma en que viven en el presente y en lo que esperan del futuro. De cierta forma, en términos de relato, los jóvenes chilenos abandonan la tragedia y se disponen a la aventura.

Los marcos de actuación que describen los estudiantes participantes se pueden caracterizar como de orden económico y de desgaste. Es decir, reconocen con claridad cómo, en sus vidas, se instalan limitantes o se solicitan credenciales que los van aproximando gradualmente a la agencia en el mercado. Al mismo tiempo, saben que estos mecanismos aparentemente inclusivos en realidad apuestan por el desgaste de los sujetos sociales bajo la lógica de la competencia y la lucha de unos contra otros. Pese a lo anterior, los estudiantes de algunos de estos liceos se reconocen como protagonistas, acuden a un “nosotros” explícito que les da identidad y los distingue de “ellos” (los poderosos, la clase alta, el gobierno, los empresarios) cuestión que alude a la dimensión política de estas narrativas (Paul, 2016; Wertsch, 1999). En ese contexto, reconocen la relevancia de los movimientos sociales y del protagonismo de su generación y del propio movimiento secundario en el período y en las eventuales transformaciones futuras.

Bibliografía.

- Arrove, R., Torres, C. y Franz, S. (2016). *Educación comparada. La dialéctica de lo global y lo local*. Valencia: Tirant humanidades.
- Cerri, L. F. (2011). *Ensino de história e consciência histórica. Implicações didáticas de uma discussão contemporânea*. Rio de Janeiro: Editora FGV.
- De la Maza, G. y Garcés, M. (1985). *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983 – 1984*. Santiago: ECO.
- De Ramón, A. (2003). *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500 – 2000)*. Santiago: Catalonia.
- Epstein, T., y Peck, C. L. (edit.). (2018). *Teaching and learning difficult histories in international contexts. A critical sociocultural approach*. New York: Routledge.

- Fuentes Leal, M. y Zapata Gacitúa, J. (2016). La escritura a la intemperie del lenguaje en Enrique Lihn y Germán Marín. *Universum*, 31 (1), 153-172.
- Garcés, M. (2011). *El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales de América Latina y Chile*. Santiago: Lom.
- Gomes Barca Oliveira, M. I. (2019). Narrativas históricas de los jóvenes: Una cara de su orientación temporal. *Historia y Espacio*, 15(53), 309-332.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Lechner, N. (2006). *Obras escogidas I*. Santiago: Lom.
- Lechner, N. y Güell, P. (2006). Construcción social de las memorias en la transición chilena. En Jelin, E. y Kaufman, S. G. (comps.) *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marín, G. (2015). *La Ola Muerta*. Santiago: Alfaguara.
- McCully, A. (2010). What Role for History Teaching in the Transitional Justice Process in Deeply Divided Societies? En Nakou, I. y Barca, I. *Contemporary public debates over History Education* (169 - 184). Charlotte, N. C.: Information Age Publishing.
- Moulian, T. (1997). *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Lom.
- Olea, C. (2018). El escritor venido del pasado. Historia de una absolución familiar, de Germán Marín. *Revista Chilena de Literatura*, 98, 303-326.
- Paul, H. (2016). *La llamada del pasado. Claves de la teoría de la historia*. Zaragoza: Instituto Fernando El Católico.
- Rouso, H. (2018). *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*. Santiago: Editorial Universitaria/ Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Rüsen, J. (2007). How to make sense of the past - salient issues of Metahistory. *TD: The Journal for Transdisciplinary Research in Southern Africa*, 3(1), 169-221.
- Rüsen, J. (2012). Historiología: Esquema de una teoría de la historiología. *Memoria y Civilización*, 15, 415-447.
- Salazar, G. (1990). *Violencia política popular en las "Grandes Alamedas"*. Santiago: SUR.
- Salazar, G. (2007). Historiografía chilena siglo XXI: transformación, responsabilidad, proyección. En De Mussy, L. G. (Ed.). *Balance Historiográfico Chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual* (75-145). Santiago: Universidad Finis Terrae.
- Salazar, G. (2012). *Dolencias históricas de la memoria ciudadana (Chile, 1810-2010)*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Salazar, G. y Pinto, J. (1999). *Historia contemporánea de Chile*. Volumen II. Actores, identidad y movimiento. Santiago: Lom.
- Salazar, G., y Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile*. Volumen V. Niñez y juventud. Santiago: Lom.
- Salinas, D. (2015). El golpe de Estado en Chile (revisitado) y los desafíos políticos actuales en el contexto latinoamericano. En Buriano Castro, A., Dutrénit Bielous, S. y Vásquez Valencia, D. (ed.). *Política y memoria. A cuarenta años de los golpes de Estado en Chile y Uruguay*. México: FLACSO.
- Santos, B. S. (2016). *La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea*. Madrid: Akal.
- Schmidt, M. A., Barca, I. y Martins, E. (orgs.). (2010). *Jörn Rüsen e o ensino de história*. Curitiba: UFPR.
- Seixas, P. (1997). Mapping the terrain of Historical Significance. *Theory and Research in Social Education*, 61(1), 22-27.
- Serrano, S. (2018). *El liceo. Relato, memoria, política*. Santiago: Taurus.

- Shemilt, D. (2000). The Caplip's Coin. The Currency of Narrative Frameworks in History Teaching. En Stearns, P. N., Seixas, P. y Wineburg, S. *Knowing, teaching, and learning History: National and International Perspectives* (83-101). New York: New York University Press.
- Stern, S. J. (2013). *Luchando por mentes y corazones. Las batallas por la memoria en el Chile de Pinochet*. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos?: iguales y diferentes*. México: FCE.
- Vergara, P. (1985). *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*. Santiago: FLACSO.
- Wertsch, J. V. (1999). *La mente en acción*. Buenos Aires: Aique.
- Wertsch, J. V. (2002). *Voices of collective remembering*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zamorano, C. (2016). La revista Cormorán y su contribución al debate en torno a la cultura en la Unidad Popular. *Izquierdas (Santiago)*, 30, 215-235.

Notas

- ¹ Para el caso de este artículo, todas las referencias a *La Ola Muerta* corresponden a la primera edición de Alfaguara publicada en Santiago en octubre de 2015.